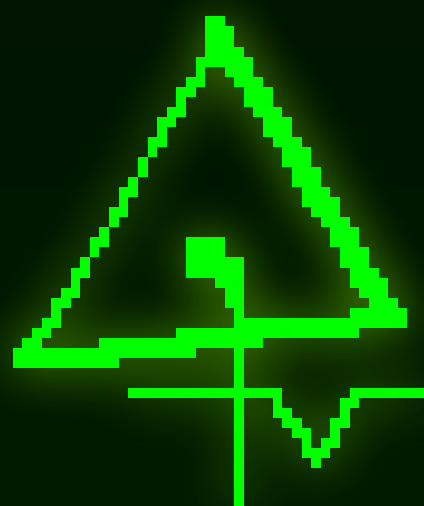


CODEX SULPURISTA

No. 8



CODEX SULPURISTA

No. 8

>Madrid-Coyoacán-Sevilla-Montparnasse-Salamanca

“Literatura con vocación transatlántica...”

>> acces legal_info.sys

@ Códex_sulpurista, primavera 2025

@ de sus autores, primavera 2025

-E-ISSN: 3020 2671

-Bajo la dirección de:

Diego Godián, Juan Castro, Sofía Sánchez, Lorena Maestre y

El personaje que ha salido de la cueva.

-Diseño: Mayra Dávila

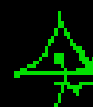
-Editorial: Tipografía de Letrán

> www.codexsulpurista.letnan.com.mx

> revistacodexsulpurista@gmail.com

> @codexsulpurista

>>> endLof_file



>>> cd /relatos

\$ open ojos_de_gato.txt

> Hoy, lunes, imaginé que sería como cualquier otro lunes. Me levanté a darle de comer a Kali, mi gata tricolor, de ojos hermosamente amarillos. Maullaba desesperada por su comida. Puse a calentar agua para hacerme una taza de café y, desde la ventana, contemplé las flores y a las aves que volaban de árbol en árbol, jugando y disfrutando de los primeros rayos de luz.

Carlos, mi marido, se marcha cuando el cielo aún está oscuro y regresa casi todas las noches muy tarde. Apenas cruzamos algunas palabras cuando llega, luego nos sentamos a ver televisión juntos hasta la hora de irnos a dormir.

El fin de los calores insoportables se acercaba. Veía a lo lejos algunas nubes de lluvia, negras, aproximándose lentamente, apagando los rayos del sol a su paso. Suspiré y, cuando me disponía a comenzar mis faenas diarias, de soslayo percibí una silueta oscura en la esquina del jardín. Entrecerré los ojos, intentando dilucidar qué era aquello. Me dirigí hacia la ventana de la cocina y confirmé que se trataba de un cuervo, posado sobre la banca de madera del jardín, podrida por el paso de las estaciones, que se doblaba a punto de romperse bajo el peso del ave. Me sorprendió que llevaba en el pico algo de color amarillo que brillaba. Abrí la puerta de la sala y caminé despacio para acercarme lo más posible sin asustarlo y averiguar qué llevaba. Sin embargo, al percatarse de mis intenciones, el cuervo se puso en alerta, moviendo las alas. Me detuve. Me observó por unos segundos con sus enormes ojos negros. Dio unos pequeños saltos y voló en mi di-

rección, pensé que se estrellaría contra mí, así que di un paso atrás. En el último momento, alzó el vuelo, rozándome apenas el rostro con sus alas, y soltó sobre mi cabeza lo que llevaba en el pico. Era una pequeña piedra que parecía vidrio, de color amarillo, con una mancha marrón en el centro. Parecía el ojo de un gato. Con el corazón aún acelerado, la recogí. Se sentía extraña en mi mano, más pesada de lo que parecía. La dejé sobre la mesa del comedor. El silencio de la casa se vio interrumpido por el silbido de la tetera, que me hizo dar un salto. Corrí a apagar la estufa con los nervios ya alterados. Encendí la radio para escuchar alguna canción alegre que despejará mi mente mientras tomaba el café.

Desde la cocina observé que el gato, curioso por naturaleza, se subió a la mesa e inspeccionó el objeto. No había llegado a acercarse demasiado cuando dio una especie de grito y saltó, para luego esconderse bajo el sofá.

Del susto, solté la taza de café que estaba a punto de tomar. El piso se cubrió de café a mi alrededor. Molesta por mi torpeza, comencé a limpiar el desastre. Recogí los pedazos más grandes con la mano, hasta que sentí una punzada de dolor en el dedo, unas gotas de sangre cayeron sobre el café derramado en el suelo, formando la silueta de un cuervo.

Coloque varias servilletas encima para absorber el líquido y use una para envolverme el dedo herido. Decidí barrer los pedazos para no arriesgarme a volverme a cortar, pero cuando me disponía a barrer, la base de la escoba se rompió. Al llevar los restos al basurero, casi me caigo al tropezar

con la gata, que corría como loca de un lado a otro. Cuando al fin terminé de secar el piso, el sonido de un golpe fuerte y seco me interrumpió. Me asomé a ver qué había provocado aquello, y un escalofrío recorrió mi cuerpo: un pájaro se había estrellado contra la ventana y caído al suelo, atontado. Un brillo intenso me hizo voltear hacia la piedra en medio del comedor.

Intrigada, tomé el teléfono y busqué "ópalo" en el navegador. Leí la primera entrada que encontré, la transcribo en este diario, según lo recuerdo:

Dice la leyenda que, en España, el rey Alfonso XII le regaló a su prometida un anillo con una piedra de ópalo en vísperas de su matrimonio. Ella murió a los pocos meses. Tras su fallecimiento, el rey le obsequió el anillo a su abuela, quien murió poco después. Luego, el anillo pasó a su hermana y por supuesto... también murió al poco tiempo. Finalmente, el anillo fue a parar en manos de su cuñada, quien lo colocó en el cuello de la Virgen de la Almudena, donde, dicen, terminó la maldición. ¿Será está la misma piedra?

Terminé de escribir y encendí la luz de la sala. Aquella mañana, bañada por el cálido sol, se había transformado en un día huracanado, con los árboles danzando violentamente, anunciando una torrencial lluvia.

Me quedé ahí sentada en la sala desconcertada con lo que había encontrado. Los ojos alertas de la gata, bajo el sofá, parecían querer decirme algo; eran tan amarillos como la piedra. Entonces decidí, superstición o no, que lo mejor sería deshacerme de cualquier posibilidad. Tomé la piedra, salí al patio y la arrojé lo más lejos que pude a un solar baldío contiguo a mi casa. Un enigmático peso se levantó de mis hombros en ese mismo momento. La gata,

finalmente, salió de su escondite y se acarició en mi pierna.

El resto del día transcurrió sin novedad.

Toda la noche llovió y por la mañana, aún caía una llovizna. Una mañana fresca, después de un largo verano. Le di de comer a Kali y llevé el arenero a lavar. Después de pasar un rato absorta en mis pensamientos, escuché unos ruidos extraños. Ya había dejado de llover, pero se oía como si cayera granizo, como piedras golpeando el techo. Salí a investigar y creo que dejé de respirar por unos segundos. Vi el patio lleno de pequeños pájaros muertos sobre el césped. Parecía un campo de batalla tras una guerra. Sentí el pecho comprimido, apenas podía respirar, mi cuerpo se encontraba al borde del colapso; tenía un grito atrapado en la garganta que luchaba por salir.

Algo cayó junto a mí, sacándome de aquella parálisis: era el ópalo. Lo recogí y, de repente, un largo y ronco graznido, me sobresaltó, liberando el grito que había estado atrapado en mi garganta. En el tejado, el cuervo me observaba. Le lancé el ópalo, pero fallé, y este rodó sobre el techo. El ave alzó el vuelo, emitiendo unos sonidos que, podría jurar, se asemejaban a una risa siniestra.

Entré a la casa y llamé a Carlos para contarle lo sucedido. Cómo siempre, desestimó mis temores y me dijo que, cuando llegara, limpiaría él mismo las aves:

—Seguramente, las ráfagas de viento las desorientaron y cayeron al suelo. No te pongas nerviosa, no es nada —, me dijo en tono monótono. Colgó, pues estaba a punto de entrar a una reunión.

Me senté a esperarlo con Kali en mi regazo, desde ayer no se me despegaba. Meditaba sobre lo que había sucedido,

lo que más temía era volver a ver a aquel enorme cuervo.

Carlos llegó más temprano de lo usual, me abrazó y escuchó pacientemente lo que me había ocurrido. Sin decir nada, salió al patio a limpiar. Un par de minutos después me llamó. Salí con recelo y, para mi sorpresa, no había una sola ave en el suelo.

—Te lo dije, no estaban muertas, solo atontadas. Exclamó y sonrió con los labios apretados. Entró y se fue a ver televisión. Me quedé allí, observando el patio vacío, dudando de mí cordura... ¿Sería que me lo imaginé todo? Esos pequeños cuerpos ensangrentados, alas quebradas, cuellos torcidos, ¿eran producto de mi imaginación? No volví a hablar del tema y pasé el resto de la noche leyendo en la seguridad de mi habitación.

Pasaron varios días sin novedades y continué con mi rutina diaria.

Al sexto día, no encontré a Kali por ninguna parte. Dejé comida en la entrada de la casa durante un par de días, pero no había señal de ella. Hice algunas impresiones de su foto y las pegué en los postes cercanos a la casa. El último lugar que busqué fue la bodega; era improbable que ella hubiera entrado allí, pero me había quedado sin opciones, así que me asomé a ver. La llamé y moví algunas cajas. Había un olor extraño en el ambiente. Busqué por todos lados y, antes de salir, me fijé en el techo falso. Había una gran mancha oscura, seguramente por el agua que se había filtrado durante las lluvias.

El lunes llamamos a alguien para que removiera el cielorraso contaminado por moho. Fui a la sala a leer un poco cuando escuché al señor que trabajaba en el techo, salir al patio a vomitar. Me asomé para ver qué sucedía; un olor

penetrante inundaba la habitación. En la lámina negra estaba el pequeño cuerpo de Kali, lleno de gusanos, no tenía sus ojos, solo cuencas vacías. La sangre en descomposición había manchado el cielorraso. Aparté la mirada para no registrar aquella imagen en mi mente, pero no pude evitar notar que en su boca estaba la piedra de ópalo, con su brillo amenazante.

Enterramos el cadáver en el patio y la piedra la tiré a la basura. Durante el resto de la semana, lloré por mi fiel compañera y maldije al cuervo.

El martes me senté a revisar los álbumes de fotos, algo que suelo hacer cuando estoy deprimida, así me alegro recordando los hermosos momentos capturados en las imágenes.

Empecé por las fotografías más antiguas; me encantaba ver los vestidos que usaba mi abuela en su juventud. Sin embargo, esta vez noté algo que no había observado antes: ella llevaba un collar con un ópalo amarillo en el centro, rodeado de varios diamantes. No recuerdo haber oído de ninguna tragedia en mi familia; ella vivió hasta los cien años. Corrí a mi habitación, donde tenía una pintura antigua de mi bisabuela, y para mi asombro, ella también portaba el mismo collar con esa piedra maldita en el centro, rodeado de diamantes. A pesar del dolor que la muerte de Kali me había provocado, algo en mi interior me llamaba a buscar respuestas. Saqué la foto del álbum, la guardé en la cartera y me fui a la biblioteca. Busqué toda la información posible sobre los ópalos. No encontré nada raro sobre la piedra, solo leyendas que indican que los diamantes cancelan el poder negativo del ópalo. También decía que las personas creían que, para enviar un gran mal a alguien, se debía regalar dicha pie-

dra. ¿Quién me estaría enviando esta piedra con el cuervo? ¿Quién querría hacerme daño? Me quedé ahí, sentada en la biblioteca, donde solo se oía el pasar de las páginas de algún libro, sintiéndome más sola que nunca, pérdida, envuelta en supersticiones en las que nunca había creído. Me sentía tonta por haber ido a la biblioteca a buscar sobre hechizos y maldiciones.

Observé la fotografía otra vez y me percaté que, al fondo, había sentada en un sofá una adolescente que miraba con ojos soñadores a mi abuela. ¿Podría ella saber algo más? Sin perder más tiempo tomé mis cosas y me dirigí a la casa de mi tía abuela.

Entré, la saludé con prisa y me senté sin esperar invitación. Rechacé la oferta de café y galletas. Sin rodeos le conté todo lo sucedido, mi hallazgo sobre el rey y el ópalo maldito, el cuervo, la muerte de Kali... con la voz quebrada. Me escuchó sin dejar de bordar hasta que le conté lo de la gata. Me miró durante unos segundos, puso lo que estaba bordando en una mesa junto a un obeso gato negro. Se enderezó el vestido, cruzó las manos sobre el regazo y me contó la historia más loca que pudiera esperar oír en mi vida.

Me dijo que éramos una familia que, por generaciones, ha sido de brujas.

—El ópalo nos ha perseguido por siglos para que aceptemos nuestra naturaleza. Aquella familiar del rey en realidad no colocó la piedra en una virgen; la entregó a la bruja del pueblo y le ordenó deshacerse de ella. La bruja encontró la manera de usar la piedra a su favor y la hechizó para que nunca cayera en las manos equivocadas. Desde entonces, ha pasado de generación en generación. Muchas no quisieron aceptar su peso y trataron de destruirla, pero pronto se dieron

cuenta de que, al rechazarla, se maldicían a sí mismas. El cuervo es el espíritu de la piedra que escoge quien debe cuidarla. Tras la muerte de la portadora, lleva el collar hasta su nuevo dueño. Pero tu abuela cometió un grave error. Ella fue la escogida entre las dos para resguardar su poder, a pesar de que yo deseaba que me escogiera a mí. Fue ella quien desató lo que por siglos había estado atado. Desesperada porque no moría, culpó al ópalo por su larga vida, ya que no había conseguido lo que ella quería. Creo que a veces el cuervo se equivoca, y sé que se equivocó con tu abuela. Al despreciar tanto su destino, tu abuela no supo aprovechar el poder del collar, destruyó su celda y liberó la mala suerte acumulada en él para luego tirarlo, diciendo que todo eran inventos. Al día siguiente murió. Debes esperar a que la piedra mágica regrese porque lo hará. Tienes que colocarlo en una cadena rodeada de diamantes para que su poder se vuelva a tu favor y no en tu contra. El ópalo te traerá suerte o muerte según lo sepas usar; si no lo atas pronto, habrá más muerte a tu alrededor. Lamento lo de la gata; a veces la piedra puede ser cruel y sabía que así llamaría tu atención. Seguro que en estos días llegará la reencarnación de Kali. Los gatos nos han acompañado por siglos, reencarnan para cuidarnos hasta que damos el último aliento, y luego nos alcanzan en la otra vida.

Cuando estaba a punto de irme, se levantó a paso lento y sacó algo de una caja guardada en un mueble. Puso el objeto en mi mano: era el collar que había visto en las fotografías con un hueco en el centro, como el ojo de un tuerto. No dijo nada más. Me dio un abrazo y se despidió con ojos lloro-

sos, tal vez creyó que el peso del ópalo haría en mí lo que hizo a mi abuela. Coloqué el collar en mi bolso, asentí y me marché.

Me dolía la cabeza y los hombros. Sentía el pensamiento nublado; toda esta información parecía inventos de una anciana solitaria. Pero, ¿podría ser que lo que había acontecido fuera solo casualidad?

Llegué a casa casi sin darme cuenta, entré y empecé a prepararme un té. Un graznido hizo que los vellos de mi nuca se erizaran. Se escuchaba dentro de la casa.

Otro graznido...

—No me hagas daño, lo haré, cuidaré del collar, dije con la voz temblorosa. Oí el graznido una tercera vez, con esa risa ronca, provenía de la habitación. Escuché algo más... una respiración trabajosa, una especie de quejido que venía de la misma dirección. Corrí a ver y mi marido estaba tirado en el suelo, le costaba respirar.

— ¡NO, maldito cuervo, lo haré, lo haré, déjanos en paz!

El emisario perverso estaba posado en la cama; lo vi cuando el brillo de la piedra en su boca resplandeció.

—Dámelo, lo prometo, dije mientras estiraba el brazo con la mano extendida.

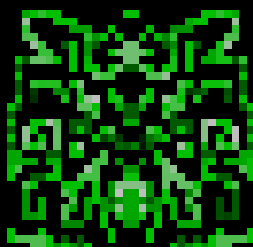
En ese instante, mi marido dejó de respirar.

El ave alzó el vuelo y dejó la piedra maldita en la cama antes de salir por la ventana abierta. La habitación se iluminaba únicamente con los destellos de los relámpagos. Corrí hasta mi bolso, saqué el collar y coloqué la piedra en el centro. La casa se iluminó con un brillo amarillo intenso, como si fuera una explosión de luz que me cegó por unos momentos. Luego quedó todo en completa oscuridad y calma; solo se oía mi respiración agitada. Me puse el collar y corrí a llamar a la ambulancia. Regresé junto a mi esposo, desesperada. No podía perderlo. Poco a poco empezó a moverse y a recuperar la consciencia.

Hace ya dos semanas de aquellos acontecimientos y nada extraño ha vuelto a ocurrir; todos estamos bien. Es más, después de años de intentarlo, hoy me enteré de que estoy embarazada. Sé que serás una niña, y por eso te escribo estas palabras, por si algo me pasa y no puedo explicarte lo del collar, para que no tengas que sufrir lo que sufrí yo. Pronto te conoceré.

Antes de que se me olvide, hoy justo cuando regresé del doctor me encontré en la entrada de la casa al más hermoso gato naranja, lo deje entrar y corrió a sentarse en su sitio favorito. Lloré porque sabía que Kali, al fin, estaba de vuelta conmigo.

> author: Wanda_Reyes.dev



\$ open Fritz.txt

> ¿Conocen La Cumbrecita?

Está bien, ¿por qué iban a conocerla? Es una villa turística —y cito la página web; que, por cierto, muestra unas hermosas fotografías— ubicada en el Valle de Calamuchita, en la vertiente oriental de las Sierras Grandes y a unos mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Está enclavada entre los cerros, en un pequeño valle con forma de anfiteatro que le confiere un clima especial. Está ubicada a unos cuarenta kilómetros de Villa General Belgrano (Sí, sí: la misma de la Oktoberfest). Es un pueblo en el que no se permite la circulación de vehículos, no hay bancos y se respira paz a pulmones llenos. Fue poblada por alemanes llegados después de la Guerra, que le dieron un sesgo centroeuropeo a todas las construcciones. Una villa de los Alpes austríacos en plenas sierras de Córdoba.

Allá por fines de los setenta y principios de los ochenta compitió seriamente en mi escala de valores por ser mi lugar en el mundo. Solía pensar que, después de mi muerte y de que me cremaran, me gustaría que el viento llevase mis cenizas para esa tierra que amaba. Hoy ya no. Ahora es demasiado «turística». No es que reniegue de eso que, al fin y al cabo, es una grata manera de ganarse la vida; pero a mí me gustaba aquella de hace más de treinta años, más ignota, más silvestre, más a mi medida.

Acostumbrábamos a pasar allí algunos días de los veranos, en carpa y en plan de mochileros, de este lado del Río del Medio, a metros del puente de madera, entre espinillos y piedras del tamaño de un camión, sin ningún servicio a la vista; pero inmensamen-

te felices. Ahora, en ese lugar hay una oficina de informes y una gran playa de estacionamiento, donde dejar los autos antes de entrar caminando al poblado.

Siempre fue un placer andar por esos añejos bosques de pinos donde era muy probable que no entrase nadie, salvo animales, desde hacía una década. Solíamos ir a caballo hasta el Vallecito del Abedul o hasta el Peñón del Águila e, incluso, nos topamos con un campo nudista camino de las Casas Viejas; en plenos años de fuego, aún antes de la Guerra, cuando solo por decir «culo» en público podías dormir una o dos noches a la sombra.

Hay una excursión que yo disfrutaba especialmente: después de cruzar el puente, se sube a pie por la calle principal, pasando frente a Edelweiss y a la cabaña de Am Hang, hasta la Plaza del Ajedrez. En lugar de continuar por el camino (a izquierda o derecha) se sigue al frente, cruzando el bosque, pasando por el pie del pequeño cerro donde está la Capilla, hasta cerca de la Olla del arroyo Almbach. Desde allí, tomando a la izquierda, corriente arriba, por una vereda de unos cincuenta centímetros de ancho, la montaña a un lado y del otro un barranco de más de diez metros, con el arroyo cristalino al fondo, se llega al pie de la Cascada Grande, después de una hora y media de caminata.

La primera vez que hice ese recorrido fue en un día gris y muy fresco de mediados de otoño, con las nubes bajas, casi una niebla, y la humedad condensándose en las ramas de los pinos. Cerca del final del camino encontré una fina llovizna (a mitades

iguales caída desde las nubes y proveniente del golpe del agua contra las piedras de la base de la cascada) que mojaba y resaltaba toda la vegetación del pequeño paisaje, incluso los grandes helechos que acariciaban mi cara al pasar. Las cumbres de las altas paredes de piedra se perdían en las nubes, lo que hacía que pareciesen infinitamente altas. Debo haberme quedado sentado en las piedras, con los pies en el agua fría, más de una hora, acunado por el sonido sordo del agua. Pero no fue esa vez cuando vi lo que quiero contarles.

Toda esta larga introducción es para situarlos en la geografía donde, unos tres o cuatro años más tarde, otro día también de otoño y bien temprano por la mañana (me habían dicho que era el mejor momento para ver las mismas paredes que enmarcan la Cascada, pero ahora doradas con ese primer sol algo lánguido que suele darse en abril), encontré a Fritz.

Debo decirles que este no era —o es, no lo sé— el nombre real; el que, por otra parte, nunca supe. Las cosas ocurrieron de la siguiente manera: a lo largo de la cornisa en que se convierten los últimos cien o doscientos metros de camino, hay innumerables manantiales que salen de la montaña, cruzan la vereda por la que se va caminando y resbalan hasta el cauce de agua, allá abajo. Los hay pequeños, casi gotas, y los hay más copiosos. Algunos son más constantes y otros aparecen y desaparecen según les venga en gana. Uno en particular, mediano, entorpece levemente el paso entre dos piedras, por lo que se debe andar con algo más de cuidado para no resbalar en el verdín que cubre el camino. Estaba cruzando esa vertiente y mirando al suelo para no errar la pi-

sada, mientras me aferraba a alguna rama; cuando algo pasó, casi un fantasma, frente a mis ojos. Crucé y, más afirmado, giré para ver qué me había molestado. No vi nada. Avancé unos diez metros y algo me rozó la mejilla. Esta vez sí. Lo descubrí un poco más arriba de mis ojos, a no más de un metro de distancia, flotando sobre el precipicio.

La forma más sencilla de hacerme entender, es decir que vi un hada. Algo del estilo de la Campanita de Peter Pan, pero de unos treinta centímetros de alto. Sus alas desplegadas medían más o menos tanto como su altura y estaban ajadas, amarillentas y rotas (lo vi más tarde) pero las agitaba vigorosamente para mantenerse en el aire.

No era un gnomo puesto que tenía alas. No era un ángel porque su tamaño era de más o menos un sexto del que imagino deben tener (la de una persona normal, si nos atenemos a las convenciones, y nos olvidamos que en la Bizancio del siglo XV discutían sobre su tamaño y cuántos entraban en la cabeza de un alfiler). No era, según he consultado en tantos libros desde entonces, ni un elfo, ni un troll, ni un duende, y tampoco un querubín.

Siempre supuse que las hadas eran de género femenino. Podían ser pequeñas o grandes, tener o no tener alas, ser buenas o malas; pero mujeres. Incluso lo son en las fotografías —trucadas o no— que tomara Sir Arthur Wright en Cottingley. Ahora bien, lo extraño es que éste hada era un hombre. ¿Cómo lo llamarían ustedes? ¿Hada macho? ¿Hado? A falta de mayores datos, e influenciado por el ambiente germánico que me rodeaba, lo llamé Fritz.

Su cabeza era grande, desproporcionada para su cuerpo y pelada, con sólo algunos mechones canosos y descuida-

dos sobre las orejas sucias. No tenía ninguna prenda que cubriese su torso, era panzón y su pecho tenía manchas de pelo blanco que asemejaban islotes. Su única prenda era un pantalón de una lona que supongo marrón, muy vieja y muy sucia, con las rodillas rotas, las botamangas desflecadas y una más larga que la otra, sin botones en la bragueta, y sostenido en la cintura por una sogá atada al frente por un nudo común. Sus brazos no hubieran podido rodear su talle y eran flácidos, sus manos eran grandes aunque de dedos cortos y gruesos, con uñas negras y partidas, que llevaban años sin ser cortadas. Tenía barba y bigote ralos (algo así como alguien que no se afeita desde hace una semana); labios gruesos y pálidos, con lunares oscuros; nariz chata y roja, cejas muy pobladas y ojos grises y apagados que lo hacían muy viejo.

Después me llegó su olor: una mezcla repulsiva de alcohol, transpiración y suciedad de un siglo sin un baño.

En la mano izquierda tenía una lata abollada de cerveza Löwenbräu, celeste y con su leoncito rampante, blanco sobre fondo azul, vacía.

Emitía unos chillidos apagados y continuos que se parecían más a un silbido inconexo que a un lenguaje; y me apuntaba, insistentemente, con la lata de cerveza, extendiendo y contrayendo su brazo en un movimiento que primero me pareció provocador, pero luego entendí:

—¿Querés otra? —le dije, y me respondió con lo único que en esa y todas las veces que nos vimos después se pareció a un fonema con significado, emitido por él de manera consciente, y que yo entendí como un «si»: Un estruendoso, grave y prolongado eructo.

Dándose por comprendido, desapareció entre los árboles en un segundo. En un instante estaba allí, al siguiente no estaba más; y sólo se agitaron dos o tres hojas de un helecho detrás del cual se fue volando.

Desanduve el camino hasta la proveduría del Rancho Grande, donde compré dos latas de Heineken, la última Löwenbräu que quedaba y un porrón de Budweiser. Volví a la cascada, pero no lo encontré. Dejé las cervezas ocultas debajo de una mata de frutillas silvestres, en la suposición de que estaba observándome, y para evitar que las viese algún transeúnte durante el día. Volví a nuestra carpa, y no dije nada.

A la mañana siguiente, emprendí, de nuevo, el camino a la Cascada, llevando otra provisión, por las dudas. En la mata de frutillas encontré las latas vacías, pero la botella intacta. Bajé los últimos metros hasta la olla que formaba la cascada; y allí lo vi, acostado boca arriba sobre una piedra seca, las alas extendidas y las manos cruzadas sobre el estómago. Me acerqué despacio y escuché, otra vez, su chillido apagado, que esta vez era su ronquido. Quizá algún ruido o tal vez algún sexto sentido lo despertó y se incorporó asustado. Primero me reconoció, y luego vio las latas que llevaba. Se acostó nuevamente y otra vez cerró sus ojos. Parecía estar en paz.

—¿Estás bien? —le pregunté. Un breve eructo, conciso, fue su «si». Luego se quedó en silencio.

—Día fresco ¿no? —insistí, tratando de iniciar algún tipo de charla. Nuevo eructo de su parte. En las horas siguientes, le pregunté su nombre, de dónde era, cómo había llegado hasta allí y un sinfín de interrogantes.

Nunca pude enterarme de nada; y no es porque no me respondiese, sino porque nunca pude entenderle. Incluso, traté de hacer las preguntas de manera tal que pudiese responderme con su «sí», pero no avanzamos mucho. Doy un ejemplo: le preguntaba «¿naciste en un bosque?», con la idea de que se quedase callado (un «no») o eructase (un «sí»), pero parece que cuestiones de ese tipo removían algún viejo recuerdo, y comenzaba a chillar y volar, alborotado, de izquierda a derecha y de arriba abajo. Al cabo de los días, dejé de interesarme por tales cuestiones, le llevaba su cerveza y nos quedábamos sentados quietos, cada uno sumido en sus pensamientos durante una hora o dos. Algunas veces por un excursionista que llegaba, o bien por considerar que el tiempo «de visita» estaba cumplido, levantaba vuelo y se esfumaba tras aquel fresno, la rosa mosqueta o las piedras del costado del camino.

La bebida quedaba siempre bajo la mata de frutillas, y entendí que no le gustaba beber de botellas. Creí, falsamente, que no podría abrirlas por lo cual alguna vez las destapé yo, y las cerré suavemente para que no escapase el gas, pero ni así.

¿Quién era? Nunca lo supe. ¿Por qué hombre? Tampoco. Supongo que las hadas, aun siendo personajes de fábulas y cuentos que viven muchos años, deben reproducirse de alguna manera y no me parece extraño que lo hagan de la manera tradicional. ¿Por qué su aspecto y su afición a la cerveza? Con los años elaboré una teoría:

Creo que es posible que Fritz fuera una víctima más de la Segunda Guerra; que fuese separado de su familia, que ellos estén ahora muertos y que su bosque haya desaparecido. Creo proba-

ble que en los últimos días, a punto de caer Alemania, los aliados o los rusos bombardearan sus árboles y él haya logrado escapar hasta llegar a la ciudad, esconderse, muerto de miedo con tanto ruido a muerte, en las cajas o maletas de algún soldado nazi que preparó más escrupulosamente su huida hacia estas tierras. Entonces, Fritz resultaría un polizón involuntario que, una vez arribado a las sierras de Córdoba (que, se sabe, nunca fueron invadidas por hadas), se habría encontrado solo, incapaz de entender dónde estaba y de hablar, ni siquiera, un poquito de alemán o español, condenado a vivir en un bosque extraño; que fue primero de molles, sauces y espinillos; y luego se fue poblando de abetos, pinos, robles, nogales y castaños; escapando de cuises y zorrinos, protegiéndose de la nieve en alguna vizcachera, y salvándose con su vuelo del ataque de los pumas.

Lo imaginé lleno de melancolía por un hogar y una familia desaparecidos bajo el horror de las bombas. Traté de entender la soledad y el miedo, que luego se transformó en tedio y más tarde en hastío. Las noches largas de frío del invierno deben haber completado el proceso, llevándolo a la bebida.

De manera inocente, lo consideré mi secreto y no lo comenté con nadie. Pero cierta vez, el viejo Hans, desde su eterna mesa del Bar Suizo, me vio pasar camino a la Cascada con mi cargamento de cervezas. Se sonrió y me guiño un ojo. No sé si todos estaban complotados o solo algunos conocían a Fritz. Nunca, en tantos años, nadie en el pueblo me dio otra señal; y a veces pienso que el viejo Hans se dirigió a alguien que en ese momento puede haber pasado detrás de mí.

Ese verano nos vimos con Fritz todos los días. Al siguiente, lo vi cuando faltaban cuatro días para irme. Creo que recién entonces me reconoció y permitió que me le acercase. El siguiente año lo vi a diario, pero apareció una señal nueva y alarmante: un carraspeo esporádico que una o dos veces se transformó en tos. Me fui sin despedirme de él, cuando papá vino a buscarme porque la abuela estaba enferma. Nunca más lo vi.

Las vacaciones próximas ya no lo encontré. Le llevé cerveza durante

tres o cuatro días, pero las latas aparecieron intactas. Busqué señales en las rocas o en los troncos, pero no vi nada. Nunca me animé a preguntar por él a nadie del pueblo, temeroso de romper algún hechizo. Sin embargo, estoy escribiendo esto para acallar algún viejo fantasma de culpa por imaginarlo solo en los bosques que rodean a la cascada, pero tengo la secreta certeza de que ahora voy a romper este papel y quemarlo, antes de que lleguen mis hijos de la escuela.

> author:Daniel_Frini.dev



\$ open Mis_anteojos.txt

> Lo único que lamento de todo esto es el haber perdido mis anteojos. Sé que así debía ser (o eso puede deducirse), pero ahora voy a tener que ir a que me receten unos nuevos. Tendré que pasar por todo el proceso que creí haber tenido la suerte de poder evitar.

Después de todo, ¿cuántas personas pueden presumir de haber tenido la fortuna de encontrar un par de anteojos que parecen hechos para uno mismo específicamente? No solamente eso,

yo había dado con ellos cuando tenía tan solo 7 años de edad, en uno de los días más importantes y memorables de mi vida: el día en que mi padre dejó de ser una pesadilla viviente para mí, para mi hermano, y (sobre todo) para mi mamá.

A partir de ese día ya no acumularía más odio contra él en mi pequeño cuerpo, al verlo maltratar física y psicológicamente a mi madre todos los días.

No entendí, ni entenderé, porqué él la odiaba tanto ¿Habría sido un borracho empedernido todo ese tiempo sin que nos enteráramos? ¿Sería, acaso, envidia porque ella ganaba mucho más dinero que él al tener un trabajo estable, mientras que él debía conformarse con lo poco que obtenía sacando fotos en unos pocos eventos, de vez en cuando? Solo puedo especular la respuesta.

El caso es que no podíamos hacer nada en su contra, y nadie nos brindaba jamás una mínima ayuda. Por lo tanto, mi hermano y yo éramos testigos permanentes de como la insultaba y le pegaba sin motivo, pues él parecía asegurarse de hacerlo todo delante nuestro. En ocasiones, inclusive, gritaba insultos contra nosotros, con la aparente única intención de hacerla sufrir.

Sé que el odio de mi hermano debía ser tan grande como era el mío, o incluso más (es 5 años mayor que yo, así que vivió esta constante pesadilla durante más tiempo), pero estos sentimientos no arreglaron nada. O eso fue lo que creí hasta esa tarde, una semana después de mi séptimo cumpleaños.

Yo estaba jugando en el patio delantero de mi casa con mis juguetes, mientras mi mamá me vigilaba y usaba su teléfono celular para comunicarse con una amiga suya, cuando el monstruo apareció, por lo que terminó rápidamente con la conversación. No sirvió, pues él ya la había visto.

Hasta ese día limitaba sus acciones al interior de mi casa, pero esa ocasión fue diferente: entre gritos e insultos por estar "rascándose todo el día", en lugar de estar trabajando en las labores domésticas, la paliza empezó en aquel mismo sitio. Ya no le

importaba que nuestros vecinos no se limitaran a simplemente escuchar sus gritos, sabía bien que nadie intervendría de ninguna forma, pasara lo que pasara.

Yo solo podía llorar y mirar en todas direcciones en una inútil búsqueda de ayuda. Ni siquiera contaba con el apoyo de mi hermano, pues se encontraba en la casa de su amigo en ese momento.

Había empezado a considerar el entrar a mi casa e intentar hacer un llamado, a pesar de que la experiencia ya me había enseñado que no serviría de nada, cuando el victimario se convirtió en víctima debido a aquella inesperada intromisión.

Ese hombre, sin darse el tiempo de siquiera quitarse sus gafas de la cara, consiguió hacer a un lado a mi padre, para luego propinarle dos certeros golpes en la mitad del rostro.

Fue en aquel momento cuando la mirada del desconocido y la mía se encontraron una con la otra. Era un adulto un poco menor que mi papá, con el pelo teñido de rubio. Recuerdo que, a pesar de mi corta edad, para mí resultaba bastante notorio el desconcierto que se dejaba ver en su semblante mientras me miraba fijamente. En ese entonces no alcancé a entender la razón de mirarme así.

Antes de que cualquiera de los dos hubiera podido decir algo, el desconocido fue sacado de su ensimismamiento por un golpe repentino asestado por mi ruin padre, luego de que éste se recuperara del aturdimiento. No obstante, esa única trompada no le sirvió de nada, pues su inesperado contrincante prosiguió con su ataque sin ningún problema.

Todo era increíble para mí. Alguien nos estaba defendiendo por primera

vez, y lo hacía con un valor, y una tenacidad, que se me hicieron admirables. No le dió una sola oportunidad a ese energúmeno. Mi madre, sentada en el suelo junto a su celular roto, y con el rostro magullado, se cubría los ojos por el miedo.

Sin embargo, el enfrentamiento duró menos de un minuto. Pronto mi padre quedó tendido en el suelo cual largo era. El golpe que se dió en la cabeza por la caída provocó que ésta comenzara a despedir una gran cantidad de sangre.

Mientras mi mamá lo contemplaba horrorizada, nuestro héroe salió huyendo.

Fui el único que notó los anteojos tirados, los que dejó caer inadvertidamente. Lo sé porque, mientras mi mamá gritaba pidiendo ayuda, los levanté decidido a quedármelos.

Temeroso de que, de algún modo, éstos pudieran servir como pista para llegar hasta su dueño, guardé mi hallazgo como un secreto para todo el mundo. Aunque una parte de mí albergaba el deseo de que él volviese algún día para recuperarlos y, de esa manera, pudiera yo conocer a la persona que nos salvó a mi familia y a mí, bien sabía que lo mejor era que eso no ocurriera.

Todos, incluyendo a mi propia familia, lo trataban como a un criminal. Ahora, siendo un adulto de 30 años de edad, entiendo mejor la actitud de mi mamá; a pesar de todo, no se daba cuenta de lo dañina que era esa relación, tanto para ella como para sus hijos. Yo, a diferencia suya y de mi hermano, siempre estuve agradecido con esa persona, a quien consideraba mi héroe. Sé lo cruel y frío que doy la impresión de ser (y quizá soy), pero así es el asunto. Nunca creí necesitar a mi papá, y jamás lo eché de menos.

Poco importa nuestra manera de pensar, de todos modos, pues nunca se dió con el paradero del fugitivo. Parecía que la tierra se lo hubiera tragado. No se encontró el más mínimo indicio de su existencia, nada.

Deseoso de parecerme a ese misterioso hombre, cuyo nombre no podía ni imaginar, me dediqué a ayudar a otras personas desde ese día. Si alguien necesitaba de mi ayuda sabía que podía contar conmigo, sin importar cuáles fueran las consecuencias para mí. En mi adolescencia llegué a pintarme el pelo de rubio (color que conservo en el presente), en mi creciente deseo de ser como mi héroe anónimo, de poder reunir las pocas características físicas que podía recordar de él.

Fue por eso que una pequeña parte de mí se alegró cuando mis problemas de visión aumentaron tanto que me resultó evidente que necesitaba anteojos.

Entonces recordé mi pequeño tesoro secreto. Ese par de lentes que nunca me atreví a colocarme, ni siquiera para jugar. A veces los sacaba de su escondite para admirarlos, pero no pasaba de eso. Tenían algo especial que siempre me tuvo hipnotizado, pero nunca pude entender exactamente qué era. Después de todo, lucían como unos anteojos comunes y corrientes. Su armazón negro no tenía nada de especial, al igual que el arco, las pastillas y los dos pequeños lentes de vidrio. Sin embargo, nunca los usé, hasta hace pocos días.

Dominado por la curiosidad saqué las gafas de su nuevo escondite y, sin rastros del recelo que siempre sentí con solo pensar en probármelas, las puse en mi cara, en el lugar correspondiente. Mi sorpresa no fue menos que mayúscula. Me quedaban a la perfección. No solo el armazón encajaba

exactamente con la forma de mi cabeza, si no que además, mi vista era más que excelente con eso puesto. El nivel de graduación era, sin lugar a dudas, el que yo necesitaba. Mi vista era mucho más clara que nunca antes en mi vida. No pude creer tanta suerte. Sé me hizo tan sorprendente que salí inmediatamente de mi casa para dar un paseo. Quería probarlos así, en movimiento.

Sin que me diera cuenta llegué a un vecindario que me resultó muy familiar. No obstante, no pude detenerme a pensar en eso, ya que un repentino grito de mujer me sobresaltó.

Sabía que tenía que actuar rápido, pues la escena que presencié luego de avanzar en dirección al sitio donde provino el grito no me dejó otra opción: un hombre, no mucho mayor que yo, tenía a una mujer sometida ante su fuerza bruta, delante de la que parecía ser la casa de ambos. La golpeaba una y otra vez, a la vez que le gritaba agresivas palabras que no comprendí debido a la distancia que me separaba de ellos. Al darme cuenta de que la víctima no podía hacer nada en contra de su agresor, y recordando la situación que yo mismo viví, y que me había propuesto siempre ayudar a los demás, no demoré en intervenir; como aquel tipo lo hizo en mi niñez.

Antes de que cualquiera de los dos notara mi presencia, logré quitar al agresor de encima de la señora y, determinado a detenerlo cuanto antes, le dí un rápido puñetazo en la cara, seguido por otro igual de veloz y fuerte, que lo dejó aturdido temporalmente.

Pero yo ya no le prestaba atención a ese sujeto, algo más había conseguido capturar toda mi atención, o mejor dicho, alguien más. Sé trataba de un niño que contemplaba la escena rodea-

do por sus juguetes, y con los ojos llenos de lágrimas.

Sí, lo que más de uno ya debe estar imaginándose es la verdad. Sé que los lectores atentos deben haber deducido que quedé impactado al ver al niño, y también la razón de esto. Efectivamente, ese infante parado ahí era yo. Hasta ese instante no me había percatado de las identidades de mi oponente y de la mujer que intentaba salvar. No tuve otra alternativa más que abandonar precipitadamente mis cavilaciones cuando mi padre volvió a la carga. Lamentablemente para él, el golpe que consiguió darme no tuvo el efecto que, probablemente, esperaba. Casi al instante pude recuperarme y evitar que volviera a atacarme, atacando yo.

Teniendo delante mío el rostro de ese infeliz, los recuerdos acudieron a mi cabeza en un parpadeo. Recordé lo que fue en mi infancia volver siempre con miedo a casa, y esperar con aún más miedo la llegada de aquel monstruo, rezando para que no llegara enojado. Éstos me dieron la fuerza para continuar con mí proceder, sin darme un segundo de descanso. Por fin tenía la fuerza suficiente para defender a mi familia y a mí mismo, y lo haría.

Pero en el momento en que lo ví, tirado en el suelo, perdiendo sangre por la cabeza debido al golpe que se dió al caer, por culpa de la última trompada que le dí, huí asustado, sin saber que hacer para escapar.

Me detuve abruptamente al darme cuenta que no traía puestos los anteojos. Sé habían caído durante la pelea o durante mi fuga.

Cuando empecé a preguntarme si debía volver a buscarlos, me di cuenta de que mi entorno había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. La calle que estaba desierta un segundo atrás se

encontraba concurrida, con gente que me ignoraba o me observaba extrañada por la notoria expresión de desconcierto pintada en mi cara.

Nadie me perseguía, y los gritos de mi madre pidiendo ayuda ya no se escuchaban. Las marcas y manchas, provocadas por el encuentro, que abundaban mi cuerpo hasta un instante atrás, habían desaparecido.

—Mañana voy a que me receten otros —pensé suspirando, mientras volvía a mi casa tranquilamente, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Me siento mejor después de haber escrito mi historia. No voy a decir mi nombre, pero sí a compartir esto con la mayor cantidad de gente posible.

Sepan que no siento ningún arrepentimiento, y que lo volvería a hacer.

> author: Eduardo_Adrissino.dev




```
>>> cd /poemas
```

```
$ open A_altas_horas_de_la_noche.log
```

```
> "No hay mayor agonía que soportar una historia que nunca se ha contado."  
- Djuna Barnes
```

```
> contents:
```

```
I.
```

```
→ Si yo supiera  
  el color de las luciérnagas  
  y los labios de la incertidumbre,  
  si yo supiera el instante de la muerte,  
  esta vida terminaría en la oscuridad.
```

```
Si yo supiera  
  el dolor en la piel de las mujeres que  
  habitan la sombra,  
  si yo supiera el fin de la herida.
```

```
Ay, si yo supiera los nombres ocultos  
  y el número de nuestras tumbas.
```

```
Pero no sé,  
  solo queda esta luz apagada  
  y el silencio de lo que pudo ser.
```

```
II.
```

```
→ Ciervos caminan por el monte  
  disfrazados de hadas,  
  y yo pienso en el espíritu de los objetos  
  y el tiempo.  
  Te llevo como una brasa,  
  mientras la casa se desmorona.  
  Deseo volver al lago de los animales,  
  a las excursiones nocturnas,  
  pero solo queda una historia triste.
```

```
Te llevaron demasiado lejos.
```

III.

→ Hay una noche más oscura que todas las noches juntas,
y te persigo a través de este bosque-casa
donde la mitología no alcanza,
donde no hay voz para llamar
ni levantar el testigo
bajo un techo de arañas y esculturas de cristal.

Me destrozarás en esta carrera al inframundo;
por favor, cesa tu amor.

IV.

→ No sé el sentido de la caza
ni la ruta al planeta de la seducción,
ni la planta azul que une nuestros mundos.

Esta cama es nuestra,
y tú quieres huir como un cervatillo, un tigre de nieve, un ópalo.
No desees más de lo que yo puedo dar.

A la luna no le rezamos,
no hay religión ni fuego,
solo estamos en este claro,
esperando que la tormenta pase,
temiendo los escorpiones rojos del desierto.

Nos perseguiremos eternamente,
hasta que la muerte alumbre.

V.

→ Si sabes rezar, reza, amor,
porque a altas horas de la noche algunas voces se apagan.
Este bosque es un manto de noche y muerte espeso.

Tú eres una yegua de tierra y yo un caballito de mar disfrazado de ser-
piente.

Noche oscura del alma, ya levantas la aurora.
No hay más luz que dos miradas despidiéndose.

Es mejor decir adiós a tiempo
que lamentar males mayores, lamentar la caza.

\$ open Bajo_la_piel_del_alba.txt

> decoding...

> AMILOIDE

"El silencio es la dieta del lenguaje."
- Benjamín Prado

→ Afrontar el aliento de la corazonada.
En algún lugar hubo margaritas celestes
ramas fucsias vencidas en el suero
y una estrella amada de alquitrán
según qué tinte.

Es un idioma extraño bajo la piel del alba
un pozo donde el mar dura menos que un verso
y madura palabras
desesperadas como galgos desvanecidos
en la niebla. Es un lastre que permanece frío
un cadáver que tiembla y un astillero azul
cuando la orilla abreva nuestras bestias nocturnas.

Y no hay quien escape de su sed transparente.
Y todo tiene algo de inminencia y de pánico.

Afrontar el aliento de la materia muerta
que anclaste sin querer al órgano nación
es toda la poesía que puedo entregarte.

> O PEDROUZO

→ Existe una profundidad austera
en los ojos que callan de una niña.

A veces no nos queda más remedio:
huir y segregarse y avanzar
como el globo de helio que ascendió cuando niños.

Existe una profundidad austera,
un disfrute de sombras escondidas
y un brindis de Albariño bajo la noche extraña.
La noche que parece esa noche
con sangre que no puede ser más sangre.

→ Existe una manera de vencer
y un grito
grito que aún sin ser suficiente, es grito
y una espada lamida por el sol
y una fruta sin rabia que revela el Edén
y unos labios color despedida con rímel.
La torre derribada filtra un cielo que quema
una luz con las tripas muy nuevas y muy torpes.

Existe una profundidad austera
en sus ojos de niña
percibo su orfandad con palabras que gimen
y una luz atraviesa la espesura
del silencio que alberga una victoria.

> author: Ítaco_Sárcedas.dev

\$ source: Nuestra_piel_en_forma_de_polvo.log

> contents:

> REMINISCENCIA DEL OLVIDO

→ Empieza una certeza
evocando las grietas de unas rocas
que nos arrebataron
el derecho a reír
nuestras manos llenas de nada;
a jugar su deliquio
con la sabiduría de un lenguaje vago;
a no ser el mundo ya siéndolo.

Después, erguido ya el horizonte por su infinito,
una caricia hiende la mentira de los ojos de un joven
para tornar en patria el extranjero aroma
que muerde su cansancio, y entonces
la sombra desafía el torso
para ser mundo
sin nunca serlo.

Y así llega el olvido
-que siempre recuerda- a expresar
nuestra piel en forma de polvo;
a alumbrar esta melancolía como el anhelo
de la ocurrencia -no de lo que fue

pues todo lo abandonado es un sueño sin testigos-
y a hacer imposible rememorar lo que sucede
tras cada vacío que agota.

> ESTRUENDO DE LA NOCHE

→ Silencio.

Ya se acerca el calor
de su calma para impregnar
de nombres estos pensamientos.

Ceñidos por esta luna de ayer
podréis, quizá, oír una voz lejana revelar
la vida
y orientar a quien no sabe augurar
sus pasos en el Mundo.

Silencio
en las almas, en su frente sudorosa, en la paz
obscena de su desenlace.

Porque ocurre la niebla que humaniza
el sueño, el agotarse
de la memoria
sin comprender la importancia incomprensible del tiempo,
el enigma de hallarla siempre tan secreta.

Silencio.

Vendrá sin procedencia ni rumbo una luz ambigua
a refugiar sin excepción
las garras de las aves; a agradecer la infinita sombra
que acompaña; a sabernos un instante
estruendo de la noche.

Pero ahora,
silencio.
Callemos despacio cualquier destino
como si nunca la verdad
de un mañana dudoso fuera suficiente.

Como si se desgarrase un final
en nuestras manos
sin haber sostenido
con ellas un comienzo todavía.

> CIERTO ESCEPTICISMO

→ Quizá echaba de menos las gaviotas
-ser quien posa en la arena
la fragilidad de unas garras-.

Quizá no era sólido, después de todo,
el viento
y nuestra única semejanza fuese,
desde siempre, sabernos espectadores
de cada hoja.

Quizá confiar la noche con un gesto baste
para asumir la insuficiencia
de unos pasos.

Quizá amanezca fértil
la noche
que tanto nos separa
y la belleza no se cumpla
sino en el dolor de tan sólo presentirla.

Quizá la sombra tejida en silencio
nos prometa mucho más que unas endebles manos.
Quizá una huída se convierta
destino
y sólo así quede saldada
nuestra deuda.

> author: Olga_Arias.dev

↳ **remote_access: Dispensador_de_ausencias.sh**

> contents:

→ Como fantasmas en la memoria
de algún sorprendido...
No me pidas que te invoque
en este cuarto oscuro.
Nos abraza un silencio concreto
como extremidad acostumbrada,
un ritmo indecente del viento
que no abandona el árbol,
del cuervo que grazna,
de la lluvia que llueve.

> author: Thomas_Lopsant.dev

>>> page 22

\$ run: Menciones_literarias.exe

> decoding...

→ Cioran sentenciando siempre ajeno.
Pizarnik enamorada del desvío, siniestra.
Murakami tras el dios de lo sencillo, fantástico.
Sabato profundo en la altura de la sabiduría.
Kennedy Toole en la conjura de las carcajadas.
Kafka enrevesando intrincando desasosegando.
Rimbaud diciéndolo con fuego.
Bukowski desde el vino y el dolor pariendo zafiros.
Hemingway en la violencia que esclarece.
Olga Orozco en sus hechizos perfectos.
Marosa di Giorgio dibujando sus delirios claroscuros.
Nietzsche sin contemplaciones para pulverizar lo vacío.
Borges ahogándose en la pura intelectualidad.
Artaud en unión con lo sagrado más allá de la locura.
Dostoievski con dureza y maestría revelándonos lo humano.

> BIEN LO DIJO BUKOWSKI

→ Me reconozco plenamente
en algunos sentimientos e ideas de Bukowski.
Eso de estar en una cama en silencio,
las sábanas hasta arriba, a oscuras,
a salvo de las muchedumbres.
Lo primordial de toda valentía.
Lo necesaria que se vuelve la locura.
Ciertas mujeres con magia y otras como las serpientes.
Los trabajos que envenenan el espíritu,
horas y horas y horas
que adormecen la vitalidad de la sangre.
O el estado de gracia al oír algo de Bach.
O el mazazo de luz al leer a Dostoievski.
O saber que la belleza aparente no perdura.

> LAS SIETE ESTROFAS DE LA SABIDURÍA

→ Hay un abrazo musical que afloja las piernas.
Hay una dura enfermedad que hace que brille lo sagrado.

Hay hombres bellamente torpes para los simulacros cotidianos.
Hombres que ponen su atención en cosas más altas.
Hay hombres frívolos que el cielo rechaza.
Que no logran deshacerse lo irreal y lo nocivo.

Hay mujeres que son la libertad, el cielo, la magia.
Mujeres como un éxtasis de lágrimas
un éxtasis supremo interminable.
Hay mujeres que no aspiran ni a la paz
ni a que crezca su espíritu.
Que sólo quieren sexo y mera materialidad.

Hay un tóxico sonido en cada risotada de las alimañas.
Hay soberbia satánica.
Hay bestias que si huelen la ternura lanzan sus zarpazos.

Hay un beso en la cumbre de un encuentro inolvidable.

Hay parejas que se juntan y sus almas continúan separadas.

Hay seres que transmiten una luz que redime de este mundo.
Hay seres infames de inconciencia impenetrable.

> author: Damián_Andreñuk.dev

\$ run Perverso_misántropo.exe

> decoding...

2024 - A LOS HÍLICOS

→ Mira a tu alrededor.
Todo me pertenece.
Tus bienes, tu alimento, tu cuerpo,
tu casa,
me pertenecen.
Todos tus méritos y logros,
tu manera de hablar, tu vestir,
tu andar,
me pertenecen.
Tus deseos, tus ilusiones
tu alma.
Todo, absolutamente todo, me pertenece.
Los derechos que crees tener,
te los invento, también me pertenecen.
Y hasta los mismos versos
con que hiciste este poema,
paria, me pertenecen.

> author: Jack_Staley.dev

>>> cd/secciones

```
$ open Look_back_y_la_apuesta_por_la_poesia_de_la_metatextualidad.txt
```

```
> decoding...
```

→ Hace un par de semanas fui al cine con un amigo a ver una película a la plaza Mítikah. De sus laberínticos y ciclopéicos pasillos hablaré en otra ocasión, ya que el tema de este breve texto es mi ansiado visionado de Look Back (que en México tuvo el epíteto “Sigue dibujando”, muy atinado). Se trata de una adaptación del manga de Tatsuki Fujimoto, autor japonés del bizarro y surreal, conocido por su célebre parodia-homenaje-reinvención del shonen, Chainsaw Man. La película me interesaba por dos razones: en primera instancia, para comparar y analizar el procedimiento de adaptación de una historia tan basada en su propio medio para expresarse a otro medio hermano, pero distinto; en segunda, porque la propuesta fílmica en sí misma de la adaptación se auguraba como su propia cosa en los trailers, lo cual me llenó de curiosidad.

Look Back relata el encuentro y relación entre dos niñas japonesas, Fujino y Kyomoto, que son completamente opuestas en sus personalidades, pero comparten una misma pasión: el dibujo de manga. Más allá de su fábula, Look Back es un manga muy interesante en su propuesta como medio y objeto: va sobre gente que lee y hace manga. Si bien esta idea no es nueva (tan sólo Don Quijote ya lee sus propias aventuras en la segunda parte de la novela), la aportación de Fujimoto reside en su mezcla de

registros estilísticos y tonales para sintetizar una sensibilidad muy particular.

Mediante una trama que avanza rápido, unos personajes entrañables y divertidos, y una serie de giros que van escalando y variando en tono y estilo respectivamente, se trata de un relato veloz e intenso. Sin embargo, el genio de Look Back no reside en su historia como estructura dramática, sino más bien en el juego metatextual que establece con el lector. En varios momentos el manga presenta viñetas y hasta páginas completas que forman parte del manga que está leyendo alguno de los personajes, articulando mediante su panelismo una operación similar a la que hace el montaje cinematográfico para plantear un punto de vista de un personaje. El mecanismo se establece al principio como una simple figura sintagmática que va articulando la historia en pequeñas dosis, pero que en retrospectiva constituye la principal estructura del relato, planteando la fuerza y origen de las ficciones en los sentires humanos como motor y causa de sí misma. A final de cuentas, una historia de artistas sobre el acto creativo y su relación con sus propios sentimientos, relaciones y obra.

El manga juega con los códigos de representación de su propio medio, variando el estilo de dibujo y panelismo conforme pasan los distintos

episodios del nostálgico relato que presenta. Fujimoto juega con aspectos como el tamaño del panel, la repetición y posterior ruptura de formas de página (a veces splash pages, a veces repetición rítmica de un mismo panel para plantear elipsis dilatadas, a veces la fragmentación), la dureza o fineza del trazo y muchos otros aspectos que le dotan de una particularidad precisa como manga. Sin embargo, esos son los medios del manga; una película los puede adoptar (más aún una película de animación), pero no dejarían de ser soluciones de traducción y traslación de la propuesta original de Fujimoto.

Empezó la proyección de la película y el primer cambio radical se dio: abre con la luna sobre el cielo estrellado, a colores, para luego descender con un movimiento de cámara que va detallando poco a poco un suburbio japonés hasta llegar a la ventana de una casa de clase media, donde Fujino se encuentra dibujando. La referencia al inicio de *Psicosis* me sorprendió; no sólo se trata de una clara cita fílmica, sino que la decisión de dotar de movimiento (y un cambio de tamaño de cuadro radical) a la primera imagen de la película mostró su ambición expresiva más allá del propio manga.

La película avanzó y fue reproduciendo la historia original. Curiosamente, al tratarse de un manga relativamente corto, la película añadió algunos episodios e imágenes que no estaban en el original, operación inversa a la usual en el caso de adaptaciones cinematográficas, que, dada la naturaleza de su representación, tienden a la síntesis y sinécdoque. Más allá de los pequeños añadidos argumentales o cambios concretos, una

dimensión de la adaptación me pareció particular, en diálogo con la propuesta de Fujimoto, pero potenciada por el medio cinematográfico: la creación de atmósferas que encierran belleza en su propia fugacidad, al estilo del haiku.

Desde el manga original hay una tensión en el acto de la representación, encarnada en las dos tendencias de las niñas: Fujino trama historias rocambolescas e irónicas con tremenda facilidad, manifestación de su personalidad irreverente y extrovertida; mientras que Kyomoto es capaz de dedicarle días a un dibujo de un simple detalle de paisaje o de arquitectura, irónico aspecto producto de su aparente introspección. Esos fondos, a veces nostálgicos y tristes, a veces brillantes y alegres, terminan apoderándose poco a poco del relato, en constante tensión con las viñetas figurativas y las páginas fraccionadas en las que Fujimoto hace avanzar el relato o plantea remates humorísticos. Fujino se ve invadida y cambiada por su relación con Kyomoto (aunque esa es en realidad la naturaleza de la convivencia humana). La tensión entre el acto de narrar y la voluntad de representar es una de las dinámicas que alimenta la relación de ambas niñas, que Fujimoto hábilmente hila con un conflicto inherente a la creación. Al final, la ironía y la narrativa potencian el sentir de la representación; así mismo, las atmósferas dotan de significado y corazón a la historia narrada. Ying y Yang.

La película expande las atmósferas mediante tres sencillos elementos, tan sencillos que parecen obvios: el sonido, el movimiento y el color. Ya sea mediante paisajes acústicos que dotan de texturas y significado en el

tiempo a los episodios, la articulación de la cámara como elemento que manifiesta la subjetividad de los personajes (en particular a través de su movimiento) o el color como réplica de la realidad y elemento que codifica la emotividad, Kiyotaka Oshiyama logra aportar un añadido expresivo y emotivo al relato en su versión.

Conforme la película fue acercándose a su final, se oscureció y llegó a la misma conclusión del manga: el acto de imaginar y crear es una forma de recordar, de superar la nada existencial a la cual nos dirigimos mediante la contemplación de la belleza. He de confesar que había llorado al terminar la proyección (aunque no tanto como leyendo el manga original), aunque eso no impidió que me terminase mis palomitas: íntegra ironía del espectador de cine como consumidor y contemplador.

Tras salir del cine, mis pensamientos trataban de llegar a una conclusión mientras conversaba con mi amigo, ¿por qué me impactó más el manga? La pelícu-

la no me pareció mala en absoluto, y como cineasta y cinéfilo la aprecié mucho. Tras pensarlo algunos días, concluí que se debió a la naturaleza metatextual directa del manga, mecanismo que genera un impacto psicológico mediante su forma de representación, que resulta difícil de replicar en su totalidad en una adaptación (a menos de que se tomasen muchas libertades, generando otra historia) (los japoneses son muy buenos con las pelis metatextuales, ahí está *One Cut of the Dead* como ejemplo).

Ahora sólo queda ver cuando adaptan la otra obra corta de Fujimoto de carácter metatextual, *Adiós Eri*. Trata de un joven al que le regalan un iPhone y con el cual se pone a filmar todo lo que ve, preparando una película. Quizá en esa ocasión el mecanismo metatextual se vea potenciado, quizá no. Mientras tanto, seguiré leyendo las entregas semanales de *Chainsaw Man*...

< author: Sebastián_R.R.dev



\$ open 9_gramos_de_azufre.txt

> decoding...

→ Retomé con gusto y con prisa el octavo número de nuestra querida e irregular revista. A pesar de que la entrega se encontraba completa en su contenido, faltaba encarnarla en un cuerpo.

En el núcleo de la demora, como ocurre con todas las revistas, se encuentra la dispersión de la vida. En medio de un mar abierto donde las preocupaciones familiares, de espíritu, de salud o de escasez de recursos nadan juntas como bancos de lampreas, mantener a flote el siempre moribundo cuerpo de una revista artepurista no es tarea fácil. Nuestra publicación, sin embargo, ha sabido flotar en la corriente gracias a los brazos infatigables de los miembros más constantes de su redacción, y pienso sobre todo en Diego, en Lorena y en Juan.

Tomé el compromiso de dar conclusión a sus esfuerzos junto con Mayra, que realizó el diseño de los primeros números según las referencias y principios estéticos que le sugerí. En su regreso, supo enlazar algunas ideas de aquel estilo decimonónico mexicano con la propuesta más experimental que adquirió posteriormente nuestra publicación, en la cual se anunciaban ya ciertas vías que habrían de ser capitales para la evolución de nuestra identidad gráfica.

Quiero creer, sin embargo, que un periódico como el nuestro renace en la medida en que sus miembros lo hacen. Y éstos cambian según cambian los tiempos. Y hoy los tiempos son Eolo; y nosotros, montículos de hojas otoñales en su trayectoria.

Nos preguntamos cómo debe reflejar nuestra plataforma las mutaciones de nuestro contexto. Es temprano aún para dar respuestas firmes a cuestionamientos tan abiertos, pero las reflexiones

están en curso y todas las mentes atentas a nuestras letras deben participar en esta empresa de renovación. Me permito compartir algunas pistas que han surgido en coloquios y cavilaciones.

Un cambio económico en la cultura está próximo. La personalización absoluta de los textos y su proliferación masiva, que es la consecuencia natural del tipo de producción de los modelos generativos de lengua que han irrumpido el mercado semántico, son golpes significativos en la capacidad de los humanos para provocar interés en sus pares. Más allá de la economía monetaria, el gran capital de nuestro tiempo es precisamente la atención. Esto exige del arte marginal un refinamiento en sus métodos de establecimiento y conservación de las relaciones humanas y una excentricidad estética estimulante.

Para sostener la fuerza que en un inicio motivó la antologación de nuestros textos, es indispensable que la redacción se radicalice. El periódico debe ser una galería en una montaña, donde nuestras voces más excéntricas vuelen como murciélagos y hagan eco.

A pesar de que los textos que aparecen regularmente en Codex Sulpurista obedecen sobre todo a la familiaridad entre autores y redacción, y que su modo de consumo es la lectura mutua, el formato mismo de la publicación se ha cuestionado poco sobre su adecuación a las posibilidades gráficas que abre esta independencia frente a las imprentas y a los mercados.

Si bien expreso un contento general por la piel de nuestra gaceta, es innegable que le queda aún bastante potencial desaprovechado. Me pregunto, por ejemplo, por qué una revista digital conserva aún el yugo de la página. Es éste un reclamo contra mí mismo: la fuerza de la tradición impresa me ha impuesto sus bellos, sabios y bien ponderados procedimientos. No creo, sin embargo, que representen el nuevo rango abierto de posibilidades que la edición digital entrega a una publicación periódica que ha abandonado el ánimo de existir físicamente.

Es por ello que propongo un cambio en la camino formal de nuestra revista. Cuando renunciamos a crear una publicación lucrativa, ganamos una autonomía creativa que obtiene su fuerza del compromiso del trabajo de los miembros de su comunidad. Todos estos realizan una aportación, ya sea pecunaria o en labor, y su gratificación única es la libertad conquistada. Si ésta puede utilizarse con los fines más diversos, ¿acaso el más apropiado para nuestro grupo sea el de la indagación formal y estética, que ya de por sí realizamos en el contenido y en la forma de nuestras obras? Si no tenemos mecenas, ni maestros, ni público tampoco, obtenemos de igual modo el derecho a la inconsistencia, terreno esencial para la indagación lúdica del mejor arte.

Podemos expresar la revista como una toalla húmeda en laúdano para que bautice la frente de los febriles; pasarla entre los puños de los miembros de nuestro círculo para que la estrujen todos y la lancen por fin, magullada e irreconocible, al centro para que nos divirtamos imaginando formas en sus arrugas.

Somos artistas del desinterés a pesar de nosotros mismos. Cuán extranje-

ras me parecen las visiones de los poetas que componían himnos para los dioses y a cuya recitación mística acudían sus congéneres portando incienso; de los protegidos o sometidos de los reyes que ejercían el oficio de Shahrazad; nostalgia tengo por los puños de las batallas de Hernani o de La consagración de la primavera. Quimeras de otras eras, poco más.

Aun así, la poesía no ha muerto, ni ha de hacerlo nunca. Y lo mejor que podemos hacer para cultivarla es explotar esa libertad que el desinterés — esta vez no nuestro, sino del público— nos otorga. Lo mismo ocurre con la revista como medio. ¿Qué ventaja ofrece el formato revista —pienso aquí en el formato códex también— que otras disposiciones nuevas, tales como los blogs, no concedan? Nuestra publicación no debe justificar el propósito comunitario que está en su centro, y que con cabalidad cumple. Creo, sin embargo, que su forma sí requiere una reflexión más puntillosa, pues la revista, comprendida como un volumen antológico de frecuencia periódica, implica mucho más trabajo que la publicación aislada de los textos en un sitio web.

Pero mantener el formato de volumen nos da más cohesión como colectivo, nos permite celebrar el advenimiento de un esfuerzo compartido. A los afortunados que vivimos a sólo unas horas de Madrid —dieciséis en autobús para mí ahora que vivo en el otro Parnaso— nos convoca a una reunión donde los buenos recuerdos ocultan las partes más duras del proceso de edición y de la vida misma.

Es por todo esto que hago un llamado a los miembros de nuestra comunidad y a los bienvenidos voyeuristas externos para que contribuyan con sus

ideas y sus obras a la renovación de formato de nuestra revista en los números venideros.

Mantengamos la noción de volumen, de una obra colectiva y temporal, amuallada dentro de los límites de su vigencia periódica. Mas hagamos de su claustro un ortus conclusus de fauna digna del Bosco y arquitectura de

Chirico. Reescribamos en sus paredes las leyes de la física, de la lengua y del metro. Demos ángulos nuevos a las escuadras e inventemos en los píxeles las constelaciones que los anticuados astrolabios no supieron cartografiar.

Bendito de gula, el buzón de la redacción tiene la boca abierta.

→ end_of_fragment

< origin:Montparnasse_spring
< author:Fabián_Ramírez.dev

